INFLUENCIAS QUE SE EJERCIERON EN BOLIVAR

CARBONELL

ƆNTH

hook



Dr. DIEGO CARBONELL
Rector de la Universidad de los Andes

INFLUENCIAS
QUE SE EJERCIERON
EN
BOLIVAR



CARACAS
TIP. CULTURA VENEZOLANA
1920



INFLUENCIAS QUE SE EJERCIERON EN BOLIVAR

Une autre erreur qu' il convient de signaler et dans laquelle sont tombés fréquemment les historiens, a été de croire que le milieu agit directement sur la société, alors que son influence s' exerce sur l' individu.

Mougeolle: *Les Problémes de l' Histoire*, París, edic. Schlecher, pág. 362.

La historia de los grandes hombres, exige el estudio de cuanto en derredor de ellos ejerció alguna influencia: la familia, el carácter, la época del desarrollo, las fuerzas que contribuyeron a su educación, las dotes intelectuales, las infiuencias exteriores y las virtudes y defectos hereditarios.

Arístides Rojas: *Leyendas Históricas*, Caracas, II serie, pág. 264.

La herencia, como ya lo hemos comprobado, imprimió en Bolívar determinados atributos étnicos que sintetizaron su genialidad, la singular y excelsa originalidad bolivarínea. Mas, en esa herencia, que en términos generales sufre modificaciones acarreadas por el medio, debemos reconocer la influencia que las causas mesológicas y los diversos factores eficientes de la época, ejercieron sobre el espíritu juvenil de Simón Bolívar. El Doctor Pablo Moreau, (1) de Tours, advierte con mucho tino, que en el alma infantil influyen las costumbres como causas morales. Y cuanto a la educación, el mismo sabio escribe que desde cierto punto de vista, la educación intelectual y moral pue-

---

(1) *La Folie chez les enfant*, París, 1888, págs. 48 y 55.

de hasta resolverse en causa etiológica de afecciones mentales en los niños.

Ajustándonos a estas verdades, y recordando también las condiciones del temperamento en Bolívar, no sería difícil apreciar debidamente la razón de que el emporio de sus herencias dormidas, lo comenzase a modelar la decisiva influencia de uno entre sus maestros, el calificado con justicia maestro del Libertador: don Simón Carreño o Rodríguez, que así se le conoce en la Historia.

Quién era este hombre, «el modelador de Bolívar», según Eloy G. González (1), o el artífice en cuyas hileras pedagógicas transformóse el metal de la psícología heroica?

Con certeza no sabemos si fué natural de Caracas, aunque lo afirmen Arístides Rojas, el citado González y casi todos los historiadores nuestros. El general Landaeta Rosales, (2) la autoridad venezolana menos incierta, dice que Simón Rodríguez era expósito: «No sabemos, agrega, el lugar y la fecha en que vió la luz»; y luego advierte, en estudio posterior, (3) que «Rodríguez era de Caracas, según su propia confesión en la página 95 de su obra *Defensa de Bolívar*».

Nos permitimos observar que si fué expósito, como lo tiene comprobado el historiógrafo mencionado, la confesión de Rodríguez no tiene valor alguno. Tampoco se sabe si fué o no hermano suyo el nombrado Cayetano Carreño, el músico que siendo discípulo del Padre Sojo, compuso la famosa *Oración del Huerto.* Sólo se sabe que también Cayetano fué expósito, de lo cual concluye Landaeta Rosales, que «es imposible que dos expósitos fueran hermanos....» No vemos la razón de que no lo fueran: difícil sería probarlo, pero la imposibilidad no existe.

Cuanto a instrucción, Simón Rodríguez «asimiló pronto los conocimientos que alcanzó a trasmitirle su tío, (4) y después continuó auto - instruyéndose, logrando adquirir

(1) Pref. a la *Defensa de Bolívar* por Simón Rodríguez, Caracas, 1916, p. XII.

(2) *Procedencia de don Simón Rodríguez*, *El Universal*, mayo 25 de 1916.

(3) *Los tutores de Bolívar*, *El Universal*, julio 24 de 1916.

(4) Este tío, el Padre Rodríguez, no sería tal tío, siendo como fué, expósito Don Simón....

una vasta ilustración sorprendente para su medio y su tiempo: acaso era él, en aquellos días, quien más hondamente conocía a Spinoza, Hobbes, Rousseau y los Enciclopedistas». (1)

Nació en 1771, cuando ya comenzaba a definirse la grandeza posterior del siglo XVIII. Siendo niño «era voluntarioso, irascible, dominante y huía de la sociedad para reconcentrarse en la fantasmagoría de su espíritu... Era molesto a toda su familia, pues se recreaba en importunar a todo el mundo, llegando a engendrar fastidio y enojo». (2)

De hombre, Felipe Larrazábal (3) lo retrata con estas palabras: «Don Simón era hombre de curiosa fisonomía y de ideas originales y extravagantes», las cuales han inspirado a Fabio Lozano y Lozano (4) el perfil del viejecito incorregible: «Sitibundo de aventuras a lo Quijote, pero embrazando por adarga los derechos del hombre y enristrando la pluma en vez de la lanza, y no para libertar galeotes sino para redimir pueblos......, tenía la frente alta, sienes descarnadas, orejas grandes y prominentes, occipucio voluminoso, ojos del color del acero, azul-gris; nariz semi-borbónica, boca grande, hecha de una línea, y recia mandíbula de busto romano. No de enjutas carnes, aunque de temperamento linfático; fuerte de contextura, y de tendonaje visible, saliente, como hecho a golpe de escoplo por un artista del Renacimiento.»

Ese era el hombre físico dibujado con un poquillo de literatura, pero no mal dibujado. En este croquis, se observa que Lozano y Lozano conoce los «estigmas» de la degeneración definidos por Magnan: abundan en la silueta diseñada por el colombiano.

La fisonomía psíquica, moral, que nos mostrará a ratos el mismísimo Rodríguez, habría sido «un caso» para Lombroso, para Grasset o para Lelut, el biógrafo de Sócrates.

II.—Arístides Rojas, que con ser historiador y naturalista y poeta, era también médico, apreció en todos

(1) González, Pref. cit, p. VIII.
(2) Arístides Rojas, Ob. cit. p. 268.
(3) *Vida y correspondencia del Libertador*, cuart. edic. t. I, Nueva York, 1878, p. 13, not.
(4) *El maestro del Libertador*, París, edic. Ollendorff, p. 38.

sus detallas psicopáticos la personalidad anormal de don Simón, en quien descubre como un carácter especial, «la gran virtud de la locomotividad». Luego recuerda que Miguel Amunátegui (1) dijo que «el Doctor Gall habría descubierto en el cerebro de aquel filósofo, el órgano de la locomotividad». Y advierte, a propósito de esta manía de marchar, una frase que es la confesión de un vagamundo: «Yo no quiero parecerme a los árboles que echan raíces en un lugar, sino al viento, al agua, al sol, y a todas esas cosas que marchan sin cesar....»

Con esto nos bastaría para completar un cuadro clínico; y por eso añade don Arístides: «Esas frases sintetizan al viajero que recorrió el mundo durante cincuenta y seis años; sintetizan al espíritu inquieto, en una palabra, sintetizan la locomotividad.» (2) Solo que este vocablo empleado por el historiador Amunátegui y repetido por el sabio Rojas, no es precisamente el que empléa la Ciencia en casos semejantes: hoy se dice que Simón Rodríguez fué un dromómano, como a cabalidad lo califica el francés Mancini. (3) Pero mucho antes, el doctor Gil Fortoul, (4) apasionado de la interpretación científica para los problemas históricos, declara que hoy se clasificaría a Rodríguez entre los neuropatas de genio, como diría Lombroso .....Bolívar mismo lo llama «sabio el más virtuoso, y sin que haya duda, el más extraordinario que se pueda imaginar.» (5)

En resumen, nuestro personaje fué un dromómano, y como tal un auténtico semiloco que siendo un «original», era un excéntrico del tipo definido por Régis: (6) era anómalo en sus tendencias, imperioso, obseso por la idea de ser director intelectual o moral con exclusión de toda otra ocupación práctica o útil. Sus sistemas, escolares, sus escuelas modelo comprueban esto que no es sino un detalle mínimo en su biografía psiquiátrica.

---

(1) *Biog. de D. Simón Rodríguez*, Santiago de Chile, 1876.

(2) Ob. cit, p. 264.

(3) *Bolívar*, edic. española, París, 1914, p. 117.

(4) Pref. a *Esquisse de la vie de Bolivar*, por Simón de Schryver, Bruselas, 1890, p. XII.

(5) Carta a la baronesa de Trobriand – Aresteigueta, publicada por el *Journal de Debats*, París, 1826. Cit, por Rojas, Ob. cit., pág. 116.

(6) *Precis de psichiatrie*, 1906, cit. por Grasset, *Demifous*, p. 116.

Tras de que era un sofista consumado, tenía, además mucho de cínico, no sólo en un sentido filosótico, sino en la significación lingüística del vocablo: don Simón solía declarar que «no había conocido a su padre, pero que en cambio había conocido mucho a un fraile que visitaba a su madre.» (1) Era, cuando esto proclamaba, un discípulo de Pietro Bacci, Bonci o Aretino, el hijo de la Tita, modelo de pintores......

Era un cínico cuando «cierto día, como dice Lastarria, (2) invitó al Mariscal Sucre para una comida que había preparado en su obsequio......La mesa estaba cubierta, no de fuentes, sino de .....esos tiestos que sirven para el uso menos poético de la vida.....» Eran orinales los tiestos aquellos!....

La ocurrencia esta que Eloy G. González (3) califica de «grosería e inexcusable falta de respeto», no fué sino una de las tantas formas del cinismo en un excéntrico, efecto de la «rara filosofía» de un sabio en quien «los períodos de lucidez fueron fugaces....»

Era un cínico cuando en Londres «lo acompañaba una francesita que él presentaba como su mujer y a quien había tenido tiempo de enseñar el castellano en su feroz crudeza, con todas sus interjecciones y sin ninguna reticencia», como recordaba D. Andrés Bello. (4)

Era un cínico cuando en Paita, una semana después de haberlo abandonado su compañera, escribió la esquela siguiente al seductor: «Muy estimado amigo: Sírvase devolverme mi mujer, porque yo también la necesito para los usos a que usted la tiene destinada. De usted amigo y seguro servidor, *Simón Rodríguez.* (5)

Era un cínico en quien una racha de cruel pesimismo lo afiliaba a la filosofía de Schopenhauer, cuando dice al Gral. Mata: «Quedo enterado de que a usted le ha nacido un hijo: si él es varón, debe eliminarse, porque los hombres son asesinos, ladrones, bandidos, etc., etc., etc.; y si es mujer, ellas son el pecado. El mejor ca-

(1) Cit. por Lozano y Lozano, ob. cit, p. 33.
(2) Cit. por Lozano y Lozano, ob. cit, p. 175.
(3) *Al margen de la Epopeya*, Caracas, MCMVI, p. 30.
(4) *Revista chilena*, cit, por Lozano y Lozano, p. 233.
(5) Cit. por Lozano y Lozano, p. 238.

mino es no tener hijos. Pero como yo los tengo, usted dirá que me contradigo; a lo cual me permito advertirle que no hay tal: es que mi casa es visitada por algunos amigos ...» (1)

Era, en fin, un hombre de enredos y de chismes como suelen ser los histéricos. Son de Sucre estas palabras amargas, dirigidas al Libertador:

« ... Estoy descontento del sistema de Don Samuel; (2) no hay rentas para pagar la multitud de empleados de cada colegio según su plan... Vea usted si es de sorprenderse que un hombre tan bueno, de tanto talento y de tanta instrucción como Don Samuel, haga tantos disparates. Yo estoy aturdido de semejantes cosas. En Cochabamba ha insultado a todos tratándolos de ignorantes y brutos, lo cual desagradó, como era natural, a aquellas gentes....A fuerza de diligencias mías he conseguido que vengan de Buenos Aires unos veinte artesanos franceses e ingleses que son carpinteros, herreros y albañiles....De ellos están aquí cuatro, y Don Samuel ha tenido la gracia de meterles tantos cuentos y enredos en la cabeza, que ya tratan de irse sin siquiera haber preguntado todavía los artesanos al Gobierno las propuestas que se les hacen .....Solo en sus conversaciones dice hoy una cosa y mañana otra .... Lo cual indica la « instabilidad » mental de Don Simón.

Todos estos « síntomas » eran poca cosa comparados a su manía de viajar que también corresponde a la instabilidad.

III.—Una carta del señor Rodríguez (3) para el general Francisco de Paula Otero, encierra muchos detalles que permitirían apreciar mejor la dromomanía o locura ambulativa del sujeto: declara en ella que ignora la distribución de los correos; laméntase de que un tal James lo califique de inmoral y de loco; recuerda que un abogado de apellido Calvo divulgaba la especie de que él

---

(1) *Ibídem.*

(2) Cuando Rodríguez se embarcó en La Guaira para Jamaica, en julio de 1797, cambió su nombre por el de Samuel Robinson, acaso "en loor de Juan Jacobo", como lo admite Mancini. — Ob. cit., p. 122.

(3) Carta de Lima, marzo 27 y julio 10 de 1826 publicada en *El Nuevo Diario*, agosto 23 de 1916.

agotaba el tesoro en putas y en ladrones, y que retirado desde entonces a su casa, andaba errante y desnudo.... En la *Defensa de Bolívar* (1) recuerda que de él, del propio Rodríguez, se ha dicho que «una semana la tomaba por jugar a los dados de día, y a los naipes de noche, y cuando le faltaban *tercios* jugaba solo,—que otras veces demolía escaleras, abría puertas y ventanas, para poner en comunicación los niños con las niñas....¿cuál sería su intención? un canónigo la descubrió....¡proteger maldades! —Otra semana, daba en sacarse monjas de los conventos....¿para qué sería? el capellán lo descubrió.... Que alguna vez entresacaba, como un Sultán, cholas doncellas para su servicio....»

En fin, se dijo de él «que era pródigo, tramposo, no iba a misa, no hacía caso de los truenos, vivía en *mal estado*, no sabía la historia ni hablaba latín....Denunciado por sus vicios y ridiculeces, se le despreció como merecía y el Gobierno lo declaró loco....»

Habrá mucho de exageración en todo esto; Rodríguez se complace en ponerse en tela de juicio porque esto es lo natural en los histéricos: gustan de la notoríedad y del espectáculo escandaloso... Probablemente su caso fuera semejante al de Sócrates, acusado de corruptor: como el hijo de Sofronisco, el tutor de Bolívar sufrió de verborrea y fué filósofo y original sabio ....Sócrates evitó las tentaciones de Alcibíades, según narra Platón; Plutarco lo defiende también ...Mas, Don Simón cargó en sus últimos años con encomiendas muy poco saludables: se dijo de él que vivía en mal estado, y a la verdad, advierte Vandel Heyl, (2) «el origen del descrédito y abandono en que había caído eran sus relaciones ilícitas con una india de quien había tenido dos hijos... »

Cuanto a la propia confesión del benemérito expósito, (3) de que su desprestigio hubiera podido perjudicar a Vandel Heyl en la dirección de un colegio que éste le propusiera, recuérdese que para enseñar Anatomía, Don Simón «se paseaba en medio de sus discípulos completamente desnudo, para que se acostumbraran a ver el cuerpo humano....»

---

(1) Pág. 169, y en *El Maestro del Libertador*, ya cit, p. 150.
(2) Cit. por Lozano, p. 184.
(3) Ob. cit. p. 177.

No se puede exigir más para hacerlo ingresar en el Museo psiquiátrico de la Historia. Añadiendo a estos datos los pormenores más resaltantes de su « locomotividad », habremos completado el cuadro de la biografía patológica de aquel anciano admirable que según José Victoriano Lastarria, (1) para 1838 « era un viejo enjuto, trasparente, de cara angulosa y venerable, mirada osada e inteligente, cabeza calva y de ancha frente ».

IV.—Habiendo nacido en 1771, y habiendo viajado para el Exterior en 1793, ya tenía veinticuatro años de edad cuando el siglo XVIII tocaba a su fin, y cuando por virtud de su brillante declinación en el tiempo, sentíanse ya los efectos de la lucha de ideas que este siglo provocaba en el mundo civilizado. Para 1794, Rodríguez era maestro de Simón Bolívar, y poseía ya muchos conocimientos que acrecentó extraordinariamente en Europa. En América, para la época del viaje del joven *Samuel Robinson*, ya se hablaba de la ciencia y de la literatura del siglo XVIII: el viajero llevaba buena provisión de conocimientos, pues para fines de la centuria, « los mismos libros de los enciclopedistas eran leídos en las capitales de las provincias y en pueblos de escasa significación años antes de que en Francia se reunieran los Estados Generales », como escribe Angel César Rivas, (2) apoyado en Humboldt y en el Conde de Ségur.

Con Juan Jacobo por mentor, iba nuestro hombre a marchar como los dromómanos, como el dromómano Rousseau, su maestro. Su viaje por tierras antiguocontinentales, habría constituido voluminosa documentación en los anales, aún desconocidos, de la Psiquiatría en presencia de nuestros problemas históricos: Rodríguez era como los neurópatas viajeros que estudiara Meige: (3) su fisonomía expresaba el sufrimiento que viene a flor de labio en forma de sonrisa que es amarga; sus pómulos eran abultados; por encima de la nariz, dos surcos oblicuamente ascendentes eran indicio de la frecuente contracción de los músculos de las cejas, lo cual expresa hondas sensa-

---

(1) Cit. por Lozano y Lozano, pág. 175.

(2) *Orígenes de la Independencia de Venezuela*, Caracas, 1909, p. 69.

(3) *Etude sur certains nevropathes voyageurs*, tes de París, 1893, p. 51.

ciones de dolor; sus ojos eran pequeños, tristes y cercados de arrugas; la nariz ancha, tan ancha, que siendo la mejor significación del sufrimiento, éralo también de una sensualidad desesperada.... Si fuéramos a clasificarlo, sería forzoso solicitarle parentela mental en la familia neuropática de Francisco Villon en el siglo XIV, de Carlos Coypeau en el siglo XVII, de Máximo Gorki y del cancionero Ivanoff en la centuria pasada.... Era pariente del *Peer Gynt*, de Ibsen, cuando éste marcha a través del mundo según sus caprichos momentáneos, como escribe Binet-Sanglé. (1) Su vida por Europa, es una vagancia que dura veinticuatro años si se recuerda que antes había vivido en Kingston aprendiendo el inglés en compañía de niños con quienes se divertía; (2) y que en Baltimore permaneció tres años como empleado cajista en una imprenta y luego embarcóse para Cádiz, y por Bayona pasó a París. De aquí, estudiando siempre, trasladóse a Viena en donde lo encuentra Bolívar. Pasan juntos algún tiempo y el discípulo se fastidia de su compañía y se aleja hacia Londres.... En noviembre de 1804, encuéntranse nuevamente en París, y a principios del año siguiente emprenden la travesía de los Alpes.

Este viaje a pie, es objeto de interpretaciones en el curso de estas páginas. Recordemos de pasada, que a través de pueblos, llanos y picachos, «una mañana adusta,—de neblina, llegaron a una ciudad vetusta, — de elefanciacos muros y vigas con carcomas. — La ciudad de paredes leprosas era Roma,» (3) en donde Bolívar inmortalizó para la América una de las colinas de la ciudad romúlea.....

Regresan luego de París, y Rodríguez emprende sólo una serie de excursiones: erró por Alemania, Rusia, Turquía, Inglaterra y otros pueblos. En todas partes aprende y en algunas enseña: «Permanecí en Europa, dice, por más de veinte años; trabajé en un laboratorio de química industrial....; estudié un poco de literatura; aprendí lenguas y regenté una escuela en un pueblo de Rusia.. » Y todo, cuando estaba en su madurez la

---

(1) *La folie de Jesus*. tom. IV, Argel, 1915, p. 88.
(2) Azpúrua, *Biografías*, Caracas, tom. II, 1887 p. 100.
(3) R. Blanco Fombona, *Juramento de Bolivar en el Aventino,* en *Antología de poetas americanos*, por C. Santos González, París, 1913, p. 135.

enseñanza filosófica y científica del siglo XVIII: Rodríguez lo vivió, lo absorbió en Francia y en Italia, en Inglaterra y en Austria.

V.—*Don Samuel* fué, antes de dirigirse a Europa, un hijo intelectual del siglo XVIII. Después que regresó al Nuevo Mundo, en 1823, habíase transformado en un filósofo nacido en las fuentes envenenadas de Voltaire. Suele citarlo, (1) y en la *Defensa de Bolívar* dice: «Zoilo pretendió retener el genio de Homero en las reglas de la Retórica y Freron, sujetar el de Voltaire a los preceptos de la autoridad. Dos hombres que no podían pasar del sepulcro, atraviesan hoy los siglos, y sus nombres durarán en la historia mientras se conserven los escritos que censuraron....»

Por lo menos, fué asiduo lector de la *Enciclopedia*: es O'Leary (2) quien afirma que Helvecius, Holbach y Hume fueron, entre otros, los autores favoritos de Rodríguez; es Gil Fortoul (3) quien dice que «éranle familiares los clásicos griegos y latinos, las obras de Spinoza, Hobbes, Holbach, Montesquieu Rousseau y los otros enciclopedistas»; es Lozano y Lozano (4) quien declara con Eloy G. González (5) y otros muchos historiadores, que aquellos fueron sus historiadores predilectos. El escritor colombiano concreta aún más la opinión acerca de aquel predominio siglodieziocho: «Contemporáneo de la Enciclopedia y de la Revolución, la influencia de estos seculares acontecimientos es incontrastable, en el sistema de Rodríguez.» En fin, Mancini (6) ha demostrado brillantemente que Don Simón inspiró sus métodos pedagógicos en los principios del *Emilio*, de Juan Jacobo. Otro francés, el señor Herriot (7), admite que fué «un discípulo de Juan Jacobo.» Y todos los que admiten esto, porque lo dijo O'Leary, o porque lo creen descubrir en las ideas de Rodríguez, han pensado, seguramen-

---

(1) Págs. 53 y 115.

(2) *Bolívar* o *Memorias*, edic. "Editorial - América" Madrid, tom. I, 1915, p. 83.

(3) *Hist. Constitucional de Venezuela*, tom. I, Berlín, 1907, p. 200.

(4) Ob. cit, p. 34.

(5) Pref. cit, p. VIII.

(6) Ob. cit, p. 117.

(7) *La juventud de Bolívar*, en *El Universal*, julio 28 de 1917.

te, que siendo éste un contemporáneo de la *Enciclopedia*, que para 1795 ya tenía veinte años de mejorar la cultura de la humanidad; y que siendo *Don Samuel* un testigo lejano de la Revolución francesa, como que para 1789 tenía diez y ocho años de edad que es cuando la pasión por las ideas grandiosas se hace indeleble: debió de pensar como los colaboradores de Diderot y de d'Alembert....Y a fe que quienes han opinado así, lo han hecho con mucho acierto y con plausible sagacidad histórica.

El conocimiento de la Revolución y de la Enciclopedia tal vez no llegó a Rodríguez sino a retazos e indirectamente en sus primeros años. Quizá él haya sido discípulo de aquel maestro Marrero, ignorado y olvidado en nuestra Historia. Arístides Rojas, (1) apenas si recuerda que «para la fecha en que Humboldt visitó a Caracas, puede decirse que la Universidad se preparaba a recibir reformas provechosas, debido a los esfuerzos de Marrero y otros...» Parece, sin embargo, que el Doctor Don Baltazar Marrero hubiera sido el primero en hablar en la Universidad de Caracas acerca de Bacón y de Condillac, de Newton y de Buffon. «En los anales de Venezuela, y particularmente en los de la Universidad de Caracas, hará época su tránsito de las tinieblas a la luz por el curso de filosofía que en 1790 leyó arrostrando todas las preocupaciones de su edad, y de su cuerpo. El fué el primero que en nuestras cátedras tributó homenaje a la razón y a las luces del siglo. Este ilustrado caraqueño, fué el primero entre nosotros que improbando el peripatetismo enseñó a sus discípulos *no jurar en la palabra de su maestro*....» (2) Este fué Marrero, según la propia expresión de un periodista de 1833. Tal vez fuera él quien inició a Simón Rodríguez en el conocimiento de la sabiduría de su siglo: hablaba a sus discípulos, entre los cuales se contaba acaso Don Simón, de Condillac y de Buffon, de Bacon y de Newton.

Esa influencia múltiple, diversa, firme, en parte fi-

---

(1) *Orígenes venezolanos*, Caracas, 1891, p. 325.

(2) Tomado de la *Gaceta de Venezuela*, núm. 113, 9 de marzo de 1833.—En esta nota se habla tambien de un pleito ruidoso que Marrero tuvo que sostener con C. M. Se trataba de un " enredo forense " provocado por la enseñanza de la filosofia moderna que Marrero introdujo en la Universidad de Caracas.

losófica, en parte política y siempre de carácter esencialmente intelectual, es y será en todo tiempo la fuente de donde se podrá deducir algo en el orden científico de la Historia, cuando se intente reconstruir con los menguados detalles que borrosamente poseemos, la juventud de aquél que «pedirá lecciones y ejemplos a Juan Jacobo y Napoleón.» (1)

VI.—Según Amunátegui, el señor Rodríguez era de la estirpe del ateniense Demósteues, y acaso fuere esta una opinión extraviada, pues lo que hubo en el venezolano fué más bien logorrea (2) y no elocuencia que fué la virtud intelectual en el enemigo de Filipo de Macedonia. Don Simón era a ratos incoherente, en ocasiones brillante, de una lucidez lógica que podría inducir a negar en él la sedimentaciòn patológica en el genio que se incubaba en las células corticales de su cerebro. Su conversación es parecida a la verborrea socrática mezclada a la ironía volteriana. Por lo menos en una época de su vida, vivió bajo la presión intelectual del ginebrino Rousseau y de aquel otro tactótum del siglo XVIII que se llamó Voltaire. La época de éste y de Rousseau, comprendida entre 1750 y 1778, va a lanzar por los cuatro ámbitos del mundo su obra cultísima. En 1800, ya eran del dominio de Rodríguez las tendencias de ambos innovadores; pero antes, ciertamente que había conocido las ideas del abate Saint-Pierre, porque éste era, en Filosofía, lo más notorio, y porque siendo un clérigo, parece muy justo aceptar que Don Simón, con intención quisquillosa, deseara conocer la obra de los sacerdotes. Además, las virtudes del abate francés debían de agradarle especialmente: solía ser ilógico el filósofo, era quimérico, alimentaba proyectos sobre la paz perpetua y recomendaba la tolerancia con cierta ironía incisiva; detestaba a Luis XIV, y propagaba que el Estado debía edificar habitaciones para sus hermanos los sacerdotes; estableció una lucha contra el pauperismo, contra el analfabetismo, e intento, en fin, simplificar la ortografía, como

(1) Ob. cit, p. 151.

(2) Es como un flujo de palabras, una necesidad imperiosa de hablar que sufren algunos semi-locos y numerosos enajenados.

«Rodríguez cuando destierra toda letra que, como la H, no se pronuncia, y quiere que no haya dos o más letras para un solo sonido, como sucede con la K, la Q y la C delante de A, O, U.... Debe escribirse como se habla, decía, y no debe complicarse inútilmente el alfabeto.» (1)

El abate Sain - Pierre ejerció influencia a fines del siglo XVII, cuando propiamente la Filosofía no contaba en Francia sino con el abate Dubos, mediocre y en ocasiones paradójico. Pero la génesis mental de Rodríguez, su plasticidad intelectual la modelaron los Enciclopedistas y la Revolución francesa: de 1751 a 1789, *Don Samuel* ha reafirmado su personalidad que era hija legítima del siglo XVIII trasplantado a la América esclava, y transformado por esto en época viciada por la tristeza, la incredulidad, la desesperación y el encono... Algunos detalles de su vida lo confirman plenamente: para 1797, cuando ya hacían diez y siete años de haberse publicado las últimas entregas y tablas suplementarias de la obra monumental de d'Alembert y Diderot en 1780, el pedagogo huye de Caracas porque el Capitán general de la Provincia y Mariscal de campo Don Pedro Carbonell, descubrió la revolución que fomentaban en asambleas sigilosas, el mallorquino Picornel, José María España, Pedro Gual y otros disidentes, entre los cuales contábase Rodríguez como Presidente de una junta secreta....

En el extranjero acabará de perfeccionar su «filosofía» y el humorismo de su ciencia. Sobre todo, influyó en su espíritu aquella organización civil que fué un aspecto demoledor en la Revolución francesa y que iniciara el Directorio en octubre de 1795, como escribe Mignet. (2) Para 1799, aún estará en Baltimore, y acaso en las cajas de la imprenta donde gana el pan levanta páginas acerca del Consulado.... El iba a presenciar, personalmente, el esplendor del Imperio, a partir de 1804. Asistirá en fin, en el propio campo de los sucesos, a la revolución silenciosa y efectiva de la *Enciclopedia*; la verá germinar en las escuelas del Arte, en las cátedras de la Ciencia, en las asociaciones filosófi-

(1) Lozano y Lozano, Ob. cit, p. 192.

(2) *Histoire de la Révolutión française*, París, edic. Nelson, tom. II, p. 200.

cas, en los claustros del Cristianismo y al amparo del imperio napoleónico, gracias a que élla era una síntesis de aquel siglo efervescente y en cuyo seno se agigantaron grandes figuras históricas.

VII.—Por muchas circunstancias se pudo quizá que el duque de Saint - Simón influyera en los gustos literarios del original caminante. Cierto es que Vandel Heyl (1) oyéndole recitar algunos fragmentos de su estudio sobre *Sociedades americanas*, adviértele que sus ideas tienen mucha analogía con las de Fourrier y las de Saint - Simón; más al punto el erudito Rodríguez respóndele que no había oído sus nombres sino poco antes y que no había leído sus obras.... Sin embargo, lo discreto es pensar que el autor de *Sociedades americanas*, hombre malicioso y orgulloso de su escritura, se defendiera, anticipadamente, del juicio que acerca de una supuesta parodia de las *Memorias* establecía con cierta delicadeza el señor Vandel Heyl. Porque no es concebible que un hombre de las condiciones intelectuales de D. Simón, ignorase a un contemporáneo de Voltaire y de Montesquieu, que era historiador y político, que describe la vida en su realidad y nos la muestra en su complejidad, como lo advierte Carlos Sarolea. (2) Y es que en el jovencito atolondrado de Caracas debió de haber una lejana simpatía por el cronista de Luis XIV: gustaríale su personalidad, con la cual tenía la suya muy manifiesta semejanza: el duque era hombre de prejuicios ridículos que no logró evitar en sus libros; era odioso, vindicativo, estrecho y terco....

Otra de las fascinaciones juveniles de *Don Samuel*, fué Montesquieu, el broche de oro del siglo XVIII.

En las *Cartas persas*, el girondino estudia las instituciones; en el *Espíritu de las leyes*, medita en el problema de la legislación civil y política: Rodríguez, en más de un capítulo de la *Defensa*, señala defectos en las leyes de América y se preocupa en perfeccionarlas... Advirtamos, sin embargo, que en la época en que comenzaba a bosquejarse la personalidad del «defensor», Montesquieu aparecía como un fracasado: el eminente bor-

---

(1) Cit. por Lozano y Lozano, p. 181.

(2) *La Cour de Louis XIV*, por el duque de Saint - Simón, Pref, p. 21.

delés, no midió en sus famosos viñedos de la Gironda toda la grandeza de su gloria : la fama fué tardía, y Montesquieu no alcanzó a presenciar la trascendencia posterior de sus libros ... Fué la *Enciclopedia* con Voltaire, Diderot y Helvecius, con Holbach, Condillat y d'Alembert; fué Rousseau; fueron en fin en filosofía política los ingleses Hume y Edmundo Burk, quienes contribuyeron a fomentar en el tutor de Bolívar la vasta ilustración que ya poseía para 1795.

Fué volteriano en su juventud, cuando defendía la justicia y la tolerancia; fué volteriano en su senectud, pero no hijo intelectual del francés joven, expansivo y civilizador, sino del Voltaire anciano, intolerante, de tendencias morales inciertas y contradictorias como aquellas que divilgó en su *Discurso a cerca del hombre*: filosóficamente era un negador sin ser, propiamente, un renegado como el autor de la *Enriquéida*. Este había sintetizado su fórmula religiosa en la abolición de todas las religiones: Rodríguez solía transitar por el sendero ateístico de Francisco Arouet: decían de aquél que era ateo, hereje, impío, fracmason, inmoral, libertino y otras lindezas que pueden leerse en la *Defensa de Bolívar*. (1)

De igual manera, Diderot pudo influir en la juventud suramericana, pues en determinados espíritus de la Colonia, aquellos cuyo temperamento se adaptaba al sensualismo y al materialismo filosófico, sus ideas, lo mismo que las expuestas por el irlandés David Hume, debieron de ser manjar exquisito muy solicitado. Sus luchas y desenfados antireligiosos adaptábanse a las ideas de *Don Samuel* que siendo un cínico, pertenecía de hecho a la escuela sensual y materialista. Como Diderot, Rodríguez preocupábase de los problemas científicos. De allí que encontrara en la *Enciclopedia* el venero de Rousseau y de d'Alembert, sobre todo la mina riquísima de Juan Jacobo. Y es que, para 1797, cuando Don Simón presentaba al Cabildo de Caracas su memoria sobre organización de la enseñanza popular, habían llegado ya «los libros más afamados de literatura, de filosofía y de ciencia. En Caracas y en las provincias, cuando no se había iniciado aún el siglo XIX, leíanse y comentábanse en sus tex-

(1) Págs. 169 y 170.

tos originales el «Ensayo de Locke sobre el entendimiento humano», el teatro de Voltaire, el «Curso de estudios de Condillac» y todo cuanto constituía el tesoro de la sabiduría de la época». (1)

VIII.—El señor Mancini lo ha demostrado ocurriendo a las analogías históricas. Y a la verdad, hay momentos en que el «cinismo» de Don Simón y sus enrevesados enojos de la *Defensa*, flotan en el mismo ambiente de franqueza cruel que suele sorprendernos en las *Confesiones*. Además, ciertos principios del *Contrato social* los proclamó en ocasiones diversas el célebre andariego: era partidario del individualismo radical, de la autonomía individual, de la independencia del hombre.... Observando su acción sobre Bolívar y sus ideas acerca de la estabilidad política de América, nos vemos impulsados a reconocer en su personalidad una prolongación de la personalidad juanjacobina, pues según Lavisse y Rambaud, (2) la influencia del ginebrino fué prodigiosa. Lo fué tanto, que su huella quedó indeleble y fué incontestable en los hombres de la Revolución francesa. Necesario es añadir que todo el siglo XIX, está empapado, penetrado, si se quiere, por sus pensamientos. Sensibilidad e imaginación: eso es el romanticismo; eso es Rousseau, a quien deberíase el hallazgo de las fuentes de aquella sensibilidad y de la imaginación más exquisita. A él se debe también el sentimiento de la naturaleza, y la afectación del siglo pasado debe su nacimiento a Juan Jacobo......

Ahora bien, recuérdese que para 1721, ya Venezuela contaba con la Universidad de Caracas en cuyo seno se estudiaba Filosofía, Jurisprudencia, Cánones y Medicina; para fines del siglo XVIII, el conde de Ségur encontró gentes que leían a Rousseau y a Raynal; además, poco después de la época a que se refiere el escritor francés, (3) Simón Rodríguez (4) dirigía al Cabildo de Caracas una extensa Memoria sobre el establecimiento de la enseñanza popular; todo esto nos explica aquella feliz tentativa

(1) Angel César Rivas, Ob. cit, p. 79.

(2) *Histoire génerale*, t. VII, París, 1896; c. XIV, por Emilio Faguet, p. 712.

(3) Estuvo en Caracas en 1786; la Memoria de Rodríguez es de 1794.

(4) Véase a Rivas, Ob. cit, p. 80.

de Mancini cuando reconoce entre Rodríguez y el preceptor de *Emilio* la parentela espiritual que existió entre esta creación de Juan Jacobo y el niño Bolívar que fué creación de *Don Samuel.* La influencia de éste impregnó profundamente las celdillas nerviosas del *Emilio* criollo. Es indudable que en Bolívar, como lo vamos a demostrar en páginas posteriores, echó hondas raíces el genio político, filosófico y literario del siglo de Voltaire y de Rousseau. Todo esto llegó hasta la inteligencia de Bolívar niño, o joven, a través del tamiz pedagógico de Simón Rodríguez. Este será en Caracas, el primero en hablarle de la Revolución francesa, sobre todo cuando estaba confabulando en las reuniones secretas de Picornell, Gual, España y demás indisciplinados de la Provincia. El será quien le hable de la grandeza humana en presencia de Bonaparte cuando él desfile radiante en la llanura de Marengo. Será él quien prenda en su alma el fuego sagrado que lo asfixiará de entusiasmo cuando se refiera a la causa de la libertad: suya, de Rodríguez, será la modelación primordial del grande hombre....Después, vendrá la corrección que el propio genio se imponga; mas, la influencia primera está en el alma desacordada y turbulenta, contradictoria y enfática del dromómano *Don Samuel.* El mismo Bolívar (1) así lo declara: «Ud, maestro mío ¡cuánto debe haberme contemplado de cerca, aunque colocado a tan remota distancia! con qué avidez habrá Ud. seguido mis pasos, dirigidos muy anticipadamente por Ud. mismo ....No puede Ud. figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que Ud. me ha dado: no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que Ud. me ha regalado: siempre presentes a mis ojos las he seguido como guías infalibles....»

Con razón que Don Bartolomé Mitre (2) escribiera que «Bolívar conservó toda su vida el sello que le imprimió el filósofo caraqueño, modificando sus lecciones según su naturaleza ....»

IX.—Esa sería, a grandes rasgos la «herencia» indi-

(1) Carta de Pativilca, enero 17 de 1824, en O'Leary, Correspondencia, tom. I, p. 392.

(2) *Historia de San Martín*, Tom. III, Buenos Aires, 1888, cap. XXXVI, p. 310.

recta, «aplasmática», tal vez efímera, que el maestro imprimió a la personalidad incierta de Bolívar. Aquél empezó a manejar esta alma cuando era élla la de un niño de once años, pues éste debió ingresar a la escuela de Don Simón en el año 1794. Más tarde, en 1805, lo llevará de la mano para que presencie la magnificencia militar del Imperio que palpitaba en la fanfarria de los clarines que declararon Rey a Napoleón en el Milanesado: en la primera ocasión, el cerebro del niño caraqueño era como la blanca túnica de Leuconoe: «Una página donde no se ha sabido què poner;» (1) once años más tarde, cuando la coronación de Bonaparte, Bolívar llevaba en el alma recia tempestad de sufrimientos que le permitían apreciar con mayor eficacia el inmenso clamor de la America esclava: la herida reciente abierta en su romanticismo juan - jacobino por la muerte prematura de su mujer, va a transformar su cerebro que alertara Alejandro de Humboldt cuando éste responde a la entusiasta observación de que era radiante el destino del Nuevo Mundo si sus pueblos se vieran libres del yugo: «Yo creo, contesta Humboldt, que su país está maduro, más no veo el hombre que pueda realizar empresa de tal trascendencia». (2)

*
* *

Rodríguez si no nos engaña la Historia plena de lagunas cuando define el período de la embriología genial del Libertador, supo reconocer en el discípulo el metal duro y tenaz en que estaba forjada su alma. El vivió para admirarle; rióse de todos y de todo, pero siempre, se sobrepuso a la insania cuando hablaba de Bolívar, su discípulo y amigo. Lo sobrevivió veinte y más años y en esta época tristísima de su existencia, o si se quiere de su «orfandad», ya era casi octogenario, y marchando siempre erraba por los pueblos, envenenado por el pesimismo senil, desconocido y harapiento.... ¡Ya no existe Bolívar para tenderle la mano y soportarlo!...

Más, Ahasvero marcha incesantemente: él no echó al Cristo de sus portales, pero la herida mental lo impulsa a trasladarse como el viento, como el agua...., por-

---

(1) José Enrique Rodó, *Motivos de Proteo*, seg. edic., Montevideo, 1910, p. 45.
(2) Mancini, b. O, cit. p. 143.

que él no quería ser inmóvil como los arbóles... Para 1829, vivía en Arequipa fabricando velas y enseñando a la juventud; en 1832, se encuentra en Huacho; de allí pasa a Concepción en donde sigue siendo maestro. Enférmase, y desde Trilabeubu escribe en julio de 1836 a un tal Pradel: se exhibe en esta carta con prodromos de paranoia. Luego, en 1838, ya su correspondencia dibuja mejor ese mal de los perseguidos: no es solo el dromómano incorregible, sino que hay en su personalidad la misma afección que Juan Jacobo sufría cuando escribió las *Confesiones*. Su epístola para un tal Pérez, así lo demuestra: «.... Y si otros informes hicieran caer la balanza al lado opuesto, en contra mía? No me faltan razones para temerlo, aunque puede ser que la distancia haya amortiguado los golpes, y que yo pase en otra parte por lo que me dicen que no soy aquí....Por querer enseñar más de lo que todos aprenden, pocos me han entendido, muchos me han despreciado, y algunos se han tomado el trabajo de perseguirme.... El deseo de emprender viaje a Europa me atormenta.... Sé que quiero irme, y creo que me iré....» (1).

Se fué...., pero sólo llegó hasta Santiago, en 1839 encontrábase en Valparaíso fabricando velas; en 1842 estaba en Lima y solicitaba editor para sus libros... De allí se traslada al Ecuador, y en la Tacunga sirve una cátedra de Botánica Cuatro años después se radica en Quito, y aquí como en Valparaíso, fabrica velas. Se traslada a Ibarra y encuentrase de nuevo en Colombia. Está en Túquerres dirigiendo una escuela, pero la «locomotividad» es insoportable: es el año 1850 y don Simón se haya en Quito, de regreso. Para esta época, aún se reía sarcásticamente, y se establecía en su cerebro, en el cerebro de un anciano de setenta y nueve años de edad, otro síntoma en relación con la paranoia, la manía de grandeza: porque, un hombre que vivió para burlarse de los petulantes, decía a Manuel Rodríguez Angel cuando éste lo saludara como al «maestro de nuestro Libertador»: «Fuera de éste, tengo algunos títulos para pasar con honra a la posteridad....»

De Quito va a Piura, y de ahí a las vecindades del la-

---

(1) Cit. por Lozano y Lozano, Ob. cit, p. 172.

go de Titicaca: detiénese en Azángaro y en este pueblo encuéntralo el francés Marcoy: según escribe el francés, Rodríguez vivía descuidado de sus vestidos, de su higiene, a causa quizá de la filosofía cínica que predicaba el viejecito.... En esta ocasión, se había vuelto desconfiado, como suelen ser algunos perseguidos: «Veo, dícele a Marcoy, que me estudia usted como un bajo-relieve asirio, sin poder descifrar la primera página de mi historia ...» Y cuenta ésta de manera extravagante y niega haber sido maestro del Libertador! ..

De Azángaro, en fin, viajó hacia Huaylas, o Huaymas, (1) y allí murió a la edad de ochenta y tres años.

En esta época, el enfermo de vagamundeo era un provecto cuyo cerebro resblandecido, empezaba a fomentar la persecusión a la cual agregóse la turbidez de un megalómano: Voltaire había desaparecido, y sólo quedaba de un luchador original, excéntrico, erudito y dromómano, un viejecito paciente que a las puertas del sepulcro, no desdeñó los piadosos consejos del Padre Chicaiza cuando éste lo ayudara a bien morir suministrándole los santos aceites.... Desapareció Simón Rodríguez, o Carreño, cuando los hombres, por virtud de una ley que históricamente impone la justicia, empezaban a reconocer la gloria auténtica de su pupilo y discípulo El sirvió para trasmitirle tendencias de su siglo, ideas hermosas y lo genial de su tiempo.

La influencia de Francisco de Miranda fué directa, porque sus esfuerzos y sus conocimientos arrancan de la Revolución francesa, de donde extrajo rica substancia que supo ofrecer a las mesnadas de su tierra acostumbradas al dominio de los capitanes generales.

X.—Francisco de Miranda fué hechura de la Revolución, o si se prefiere, de las revoluciones. El suyo fué el temple de los idealistas que solemos calificar de Quijotes. Su entereza debió de tener honda semejanza con la fe de los Inquisidores que en su tiempo eran el pavor de España. Su carrera militar, que se inicia propiamente al servicio de

---

(1) Huaymas dicen Arístides Rojas, Eloy G. González, Fabio Lozano y Lozano y Julio Mancini; Huaylas dice Landaeta Rosales, y es Huaylas como debe decirse. Huaymas no existe; en cambio, Huaylas es un distrito de la Provincia del mismo nombre en el departamento de Ancachs, en el Perú.

la Majestad Católica y contra la moruna de Argelia, se prolonga como una festinación en Norte América y en Francia. . . En Venezuela, él quiere cerrar el ciclo de sus espléndidas empresas bélicas: está en los vértices del quijotismo, y ya es un mártir; en Venezuela, aquella vida de merecimientos y de historia, tiene un epílogo tristísimo: va a fracturarse, en noviembre de 1814, al presidio de la Carraca, a donde acaso le lleguen, como para atormentarle, algún fraile inspirado por la memoria de Torquemada, las noticias de que su patria es una charca de sangre!. .

El ha vivido durante treinta y cinco años la caprichosa existencia social de Europa: de 1772 a 1781, estudia y presta sus servicios a la Madre Patria; de 1784 a 1805, se encuentra en Inglaterra, de cuya política labróse alguna vez un escudo; en este período de su vida, prestará valiosa y eficaz ayuda a la Revolución francesa en la primera República: de aquí tomará los principios que trasplantados a la América, de 1808 a 1810, fracasarán en su persona, a causa de que ésta había olvidado las necesidades que expresa el primitivismo.

Muy obscura es para la Historia su vida de España. Dícese que después de servir en sus guarniciones, trasladóse a Bayona y allí se instruye en una vasta biblioteca de ciencia, arte militar, política y legislación (1) Prueba de esta selecta biblioteca que la Inquisición en la Península hubiera perseguido, es la donación que en su testamento del 1° de agosto de 1805 hizo a la Universidad de Caracas: le dejaba los libros clásicos, griegos y latinos.

Formado un una atmósfera militar de entusiasmo y de aventura; director de muchedumbres disciplinadas; « consultor de Doumuriez sobre los asuntos militares y políticos del Ejército »; (2) acusado de haber atacado el ala derecha del enemigo contra las órdenes expresas del general en jefe, en la batalla de Nerwinden, el 18 de marzo de 1793; acusado de haber hecho traición a la República en el bombardeo de Maestrich y en la evacuación de la ciudad de Lieja: hácese la más brillante de las defensas ante el Tribunal Revolucionario, lo cual demuestra la vasta cultura

(1) Véase a Ricardo Becerra, *Vida de Don Francisco de Miranda*, edic. " Editorial-América ", Madrid, t. I, p. 301.

(2) Carta de Miranda para Petion, Lovaina, marzo 21 de 1793.

adquirida, la destreza para manejar las ideas y la autoridad que sus profundos conocimientos le granjearon entre los más ilustres personajes de su época.... La duquesa de Abrantes (1) hace de él una silueta digna de recordarse: «Era hombre de figura y ademanes poco comunes, en razón de su originalidad, más bien que de su belleza. Distinguíanlo la tez morena y la mirada ardiente, propia de los españoles; sus labios eran delgados y su boca espiritual, aun en medio de su silencio. Su palabra, de una rapidez inconcebible, iluminaba toda su fisonomía. En el alma de este hombre ardía un fuego generoso..."

Tambien Serviez (2) lo dibuja a grandes rasgos que prestan firmeza a la personalidad del Precursor: "Lo que quería, queríalo con una especie de encarnizamiento." Lo cual señala pasiones volcánicas en aquel hombre. A estas pasiones que en realidad no son sino modos del temperamento, debió quizá, el esfuerzo que puso en ser grande cuando un accidente en la vida del hogar paterno exaltó su recio orgullo de criollo.

XI.—En 1769, Sebastián Miranda, padre de Francisco, fué designado por el Capitán general en Caracas para regir una compañía de milicianos blancos. Se murmuró tánto contra esta decisión, que la nobleza de Caracas decidióse a acusar a Don Sebastián porque usaba indebidamente insignias y prerrogativas. El señor Miranda que era hombre tenaz, "herido en lo más vivo de su orgullo, promovió una información en la que figuraban sujetos muy respetables del vecindario, encaminada a probar que tanto él como su legítima mujer, doña Francisca Antonia Rodríguez Espinoza, eran gentes bien nacidas y de limpia sangre, según las clasificaciones de la época, que al abandonar a España para fijarse en América, después de residir algún tiempo en las islas Canarias, habían dejado en el país europeo solar noble y las mejores relaciones sociales......» (3)

Muy discutido parece este origen linajudo del mercader Sebastián y su esposa doña Francisca Antonia, pues el « imperativo mandato de guardar silencio », indica que

---

(1) *Memorias*, t. I, p. 254.
(2) Cit. por Mancini, Ob. cit, p. 162.
(3) Becerra, Ob. cit, t. II, p. 73.

en la Corte de Carlos III no había certitud de aquel solar noble.... Mas, sea como fuere, la tenacidad del padre va a centuplicarse « con encarnizamiento » en el alma del hijo. Recordemos brevemente la genealogía : Sebastián Miranda tuvo en su mujer cuatro hijos : Francisco, Rosa, Ana Antonia y Micaela. Francisco fué el primogénito y nació el 9 de junio de 1756, en plena mitad del siglo XVIII.

Para la época del incidente entre Don Sebastián su padre y la nobleza criolla, Francisco tenía diez y nueve años de edad ; en esta época, sus pasiones ya bosquejaban la vehemencia, y el orgullo había cultivado la hipertrofia de la personalidad juvenil. Así las cosas, al solicitar la aquiesencia de la sociedad « noble » de Caracas, sin duda que el joven fué abatido en su orgullo, y acaso esto, como lo advierte Becerra, (1) fué causa para que su familia apresurase su alejamiento de la Provincia....

Tal vez partió para España en 1772, según los cálculos del escritor citado que así escribe : « Al solicitar Don Sebastián los goces y ventajas del trato social para el hijo, éste hubo de sufrir la mortificación del reciente proceso, y debió sentirlo vivamente en su alma orgullosa, no solo como una ofensa al decoro de su familia, sino también como un obstáculo a la ambición que ya despertaba en él con una energía de la cual fué testimonio su carrera »

Esta se continúa en viajes de observación y de « intenciones » por tierras estadounidenses e isleñas de Cuba. En 1783 estaba en Norte-américa ; acaso para el año siguiente hallábase en Inglaterra a donde le acompaña hasta subyugarlo, la obsesión de la libertad. Para 1785 asiste a las maniobras de Postdam en su calidad militar de teniente - coronel y con el real permiso de Federico el Grande. Viaja luego por tierras germánicas, y en 1787 se encontraba en Rusia en el monasterio de Perscherstky, residencia del príncipe Potemkin.

Conviene desvanecer una leyenda de que suele valerse el patriotismo para calificar de *Don Juan* al generalísimo Miranda.

(1) Becerra, Ob. cit, p. 79.

XII.—Cuando su viaje a Rusia, el coronel Miranda poseía las cualidades y virtudes que para 1798 recordaba el ex-presidente Adams: « Adquirió entre nosotros la reputación de un hombre que había hecho estudios clásicos, que poseía conocimientos universales y era consumado en el arte de la guerra. Pasaba por ser muy sagaz, de imaginación inquieta y de una curiosidad insaciable. Según la opinión general entonces dominante, Miranda sabía más que ningún otro de nuestra vida social y política, de nuestra guerra, batallas y escaramuzas, sitios y combates, todo lo cual conocía y juzgaba con mayor serenidad y tino que cualquiera de nuestros estadistas. Su tema constante era la independencia de la América del Sur. . . . " (1) Este es el hombre, de treinta y un años de edad, que va a presentar sus respetos a la Emperatriz Catalina.

Parece ser un error que se perpetúa ya en nuestra bibliografía histórica, aquel de que Miranda hubiera sido un favorito de Catalina II. Las opiniones más autorizadas son las siguientes: Restrepo (2) sintetiza diciendo que en « la Rusia obtuvo favores muy distinguidos de la emperatriz Catalina segunda » ; Azpurúa, (3) con un tacto que faltó a muchos, advierte que « algunos historiadores hicieron más notables, por la manera de expresarlas, las distinciones de que Miranda fué objeto en el Gabinete de San Petersburgo ; y no ha faltado uno que, calificando mal la predilección y nobles ofrecimientos de Catalina II, los haya celebrado con escogidas y muy finas frases queriendo hacer entender, como para realzar más el mérito del compatriota caraqueño, que el *noble y espléndido proceder de la Emperatriz* tuvo su origen *en flaquezas de la dama* » ; los señores Baralt y Díaz, (4) así comentan la supuesta aventura: « Wiasemsky lo introdujo al trato y en la amistad del príncipe Potemkin, con quien hizo el viaje de la Taurida, y este ministro y favorito de Catalina II quedó tan prendado de su vasta erudición y sus maneras, que hablando de él con elogio y

(1) Cit. por Becerra, t. I, p. 84.
(2) *Hist. de la Revoluc. de la Rep. de Colombia*, Besanzón, 1858, t. I, p. 501.
(3) *Biografías*, t. I, Caracas, 1877, p. 37.
(4) *Resumen de la Hist. de Venezuela*, t. II, Curazao, 1887, p. 21.

admiración en todas ocasiones, inspiró a la emperatriz el deseo de conocerle. Extrañas cosas se dijeron entonces (1) y aun se repiten hoy acerca de la predilección que mostró esta gran señora por el viajero americano».; Becerra (2) es todavía más discreto, cuando escribe: «Otros escritores han creído agrandar la figura del hispanoamericano, transformando en un Don Juan o en un Child Harold al ardiente compatriota.... No es necesario atenernos a ninguna de estas versiones, sospechosas las unas, equívocas y aun depresivas las otras, para explicar satisfactoriamente la posición espectable y honrosa que Miranda obtuvo en la Corte de Rusia»; Mancini (3) deja entrever lo del favoritismo, más, deja a Miranda el sitio que corresponde a su dignidad; «... Renunció pues a obtener de su poderosa amiga algo más precioso para él que halagos, favores y promesas vagas, y de nuevo se puso en camino»; doña Lucila de Pérez Díaz (4) asegura que «la gran Catalina de Rusia se esfuerza por retenerlo en su imperio»; el académico F. Jiménez Arráiz (5) es más preciso en su elogio, y afirma que «adorador de aquella ideal Catalina de Rusia, tan grande de cerebro, como noble de corazón, que más de una vez, piadosa y dulcemente puso a brillar su imagen, como una estrella, en el sueño intranquilo del incorregible agitador»; también el colombiano Luis Cuervo Márquez (6) llámalo «favorito de la Emperatriz Catalina de Rusia.»

Podríamos citar otros autores que no han desdeñado la «versión depresiva», como la califica Becerra; pero bastan a nuestro objeto los historiadores que llevamos mencionados: solo aspiramos a dar al traste con tan grotesca manera de apreciar la psicología del caraqueño Miranda, tan abundantemente provista de ideas grandiosas.

XIII.-Pensamos que si el Precursor deseó alguna vez poner en juego su fascinación varonil, si la hubo en él, debió de admitir antes muchas probabilidades para el

(1) Se dijo en Venezuela, pero de fijo que en Rusia nada se dijo.
(2) Ob. cit, t. I, p. 328.
(3) Ob. cit, p. 163.
(4) *El Precursor*, en *El Universal*, 14 de julio de 1916.
(5) *Panegírico*, en "El Nuevo Diario", julio 15 de 1916.
(6) *El Precursor y la Sibila del Libano*, en "El Nuevo Diario", número 1270.

fracaso, pues de haber abrigado intenciones de que la Emperatriz lo protegiese por medio del «favoritismo», no olvidaría que Su Majestad supo de antemano que Miranda se lanzaría hacia las ignotas playas neoespañolas tan pronto se hiciera efectiva la protección. Además, y esto nos parece concluyente: Miranda tenía treinta y un años de edad, en tanto que Catalina había cumplido los cincuenta y ocho!.... ¡Qué pareja tan hermosa para iniciar un idilio ante el horizonte blanco cual un jardín de la muerte....! ¡Qué gusto tan exquisito el de Miranda, si a la verdad entregóse a la adoración de «aquella ideal Catalina de Rusia, cuya imagen brilló como una estrella en el sueño intranquilo del incorregible agitador!...., como lo advierte donosamente y en regla el señor Jiménez Arráiz. Y es que debía ser muy difícil a un hombre de aquella psicología viril y «personalísima», darse a la aventura de requebrar a una anciana ya calificada con el vocablo «débauchée». Además, otras razones de orden muy humano, impídennos aceptar la leyenda gracias a la cual trasluciríase en el ilustre anfitrión de Bonaparte, una como velada conformidad para ejercer un oficio que sólo correspondía a los viles como Orlof, Potemkin y otros....Nó, ni la Historia es así, ni el teniente Miranda fué capaz de atentar contra sus gustos tropicales, de criollo, ni mucho menos querría perecer bajo las órdenes de muerte suscritas por el «favorito» de aquellos días. De suerte que es obra de palabras bellas y vacías aquellas vacías y bellas palabras de Emiliano Hernández: (1) «El talento impresionable de Catalina le ha dedicado en sus *Memorias* un apunte de sugestiva admiración femenina. Bajo la fría grandeza del Kremlim se calentaron estos dos corazones superiores. Amó mucho aquel grave espíritu, mucho. Una racha pasionaria cruzó su alma y un día su casaca azul de General se vió ennoblecida por la mano sedosa de la rusa enamorada que se posó un instante en el pecho mirandino, en éxtasis de alcoba, como una condecoración sideral ...»

Se comprende que el inspirado poeta de Maracaibo, no conocía nada de la vida y milagros de la tremenda

(1) El alma de Don Francisco de Miranda, *El Cojo Ilustrado*, número 435.

soberana. Hagamos alguna luz en el asunto: la Emperatriz Catalina II, ha sido una de las mujeres más corrompidas de que tenga noticias la Historia. Suele llamarsela Mesalina, la «Mesalina del Norte» como dicen sus biógrafos. El doctor Cabanes, (1) apunta que cediendo a necesidades físicas imperiosas y subordinando a éstas la dignidad de su rango y el pudor de su sexo, atrevióse a crear para sus amantes un verdadero cargo de Corte, con alojamiento, sueldo y prerrogativas determinadas. Era este el empleo para el cual la augusta soberana demostró siempre el mayor discernimiento; de todos, fué siempre el más escrupulosamente servido: una corta ausencia, una enfermedad pasajera en quien lo ocupara, era suficiente para reemplazarlo.. .El cuadro de aquella existencia, añade Cabanes, habría necesitado la pluma de Procopio....

Catalina II no amaba los versos ni la música, lo cual se opone a las afirmaciones del citado poeta Emiliano Hernández, cuando dice que la suya era un alma musical y radiante . .Pura palabra de poeta: la Emperatriz percibía los sonidos de manera desigual; había algo en sus orejas que no era la otitis media que sufrió Martín Lutero, lo cual nos da permiso para admitir que nada de musical habría en su alma: todo en élla era sexual, tras de que su sensibilidad moral era obtusa: en su palacio de la Taurida, solía comer en presencia del espectáculo espantoso de los asesinatos de Otschakow y de Ismael!... La lista de sus favoritos señala hasta qué punto era honesta la imperial señora: siendo la princesa Sofía de Anhalt Zerbst, casáronla con el duque de Holstein-Göttorp, un buen señor germano y heredero de Acteón por aquello de la cornamenta....

Poco después de casada, un tal Soltikoff, el primer favorito conocido, ofrece a Rusia un heredero, aquel que más tarde llamóse Pablo I, y que siendo el gran duque Pablo Petrovitz, era el retrato fiel de su padre Soltikoff; luego viene el sustituto de éste, el llamado Poniatowski, a quien Catalina obsequia el reino de Polonia y con quien solía encontrarse disfrazada de hombre .... Pasaba el se-

(1) *Fous couronnés*, Paris, edic. Michel, cap. IV.

renísimo alemán entre aquella gente desenfrenada: la Emperatriz no tuvo escrúpulos en hacerlo aprehender y dar las órdenes para que fuese envenenado! . . . Dijo más tarde que su imperial esposo, había sucumbido a consecuencia de un cólico producido por las hemorroides. . . Amó a un hermano del asesino, el joven Orlof; sigue el teniente Wassiltchivok y a este sustituyó el potente, fornido y gigantesco Potemkin . . . . Alguna vez, según el encargado de negocios ingleses, en marzo de 1776, parece caer en desgracia y fué declarado favorito un prudente Zavadowsky, a quien Potemkin supo alejar haciéndole coronel de los húsares de la Guardia; luego aparece Zoricz; en seguida Korsak o Korsakof! . . . Como se aglomeraban los «favoritos», Potemkin unióse a Orlof y a un tal conde Panin para evitar dominaciones peligrosas . . . . Mas, Catalina era insaciable: servíase de un caballero de la Guardia, uno de apellido Lanskoy que logra inspirar a la augusta dama un «verdadero amor» que le costó la vida: díjose que Potemkin le había obsequiado un veneno violento . . . . Luego vino Yormoloff; fué sustituido por Momonoff que la acompañó en Crimea; fué asociado en sus labores: el joven Momonoff parece que rehuía la gracia ajada de una sexagenaria que sufría de furores eróticos; (1) su colaborador fué un señor Zoubof cuya edad de veinticinco años agradaba a la lúbrica señora . . . . Hasta aquí la lista de los biógrafos; acaso haya sido mayor y la Historia no lo sabe . . . . Lo que sí se sabe ciertamente, es las relaciones de Miranda con el favorito Momonoff; fueron amigos, y por intermedio de éste, la Emperatriz exigió a Miranda se retirase de la Corte a causa del enojo que su presencia producía en las cancillerías española e italiana. (2)

De qué naturaleza fueron las relaciones entre Miranda y Momonoff? Cuál fué la razón para que Catalina II escogiera, como emisario de tan delicada y enojosa misión. a quien supo cautivar su cariño de amante insaciable, como asegura Cabanes ?. . . (3) La biografía de Don Francisco de Miranda no nos instruye de esto, y quizá queden para siempre en la sombra tales accidentes de su

(1) Cabanes, Ob. cit, p. 257.
(2) Becerra, t. I, p. 331.
(3) Pág. 257.

vida.... Advirtamos sí, para honra de su memoria y para honor de su espíritu varonil, que aquella conquista que se le achaca no es digna de su vida que supo gustar la gloria y no rehusó el acíbar de la desgracia. Confesemos que el panegírico ha sido manejado con una ironía que yo no podría explicar sino por la visión unilateral que suele inspirar a los historiadores nuestros.... ¡Hasta para recibir homenajes ha sido infeliz el hombre eminente que fué Francisco de Miranda! Lo que se depura, lo que hubo en él de ilustre y vehemente, lo que proyecta su figura cual la elegante figura de un personaje de las cruzadas y lo hace grande y sabio y erudito, eso que fué la personalidad del Precursor, tomó forma, condensóse, y de un anciano pasó a las fraguas de un joven y sedimentó de nuevo en el alma fuerte, recia y asimiladora de Simón Bolívar, el enviado a Londres.

XIV.—Más de un patriota empecinado en serlo sin saber porqué debemos ser patriotas, más de uno, entre esos que aún profesan el culto idolátrico o pseudoteístico, estará admitiendo que en esto hay blasfemia, y dirá alarmado, que el Libertador talló por propio esfuerzo su personalidad y que no hubo fuentes de imitación en élla.... No piensa el incauto, que nos guía en la vida, la luz de los que fueron o la antorcha de los que nos anteceden: somos, advierte Gustavo Le Bon, (1) a un tiempo los hijos de nuestros parientes y de nuestra raza. Además, y esta sería la mejor aplicación al caso de la genialidad bolivariana en sus relaciones con el generalísimo Miranda, éste perteneció a «esa pequeña falange de hombres eminentes que representan a un pueblo civilizado como la encarnación de los poderes de una raza.» Y es que «el papel de los hombres superiores representa un factor considerable en el desenvolvimiento de una civilización..... Su acción consiste en sintetizar todos los esfuerzos de una raza...» (2) Y en esto último consistió la aspiración de Miranda. No olvidemos que para fines del siglo XVIII, el único venezolano verdaderamente notorio, épico, y que ciertamente era recordado con afección patriótica en la Provincia, era el general de Maestrich y

(1) *Lois psychologiques*, París, 1916, págs. 25, 167 y 168.
(2) Le Bon, Ob. cit. p. 168.

de Lieja, de Nerwinden y del Tribunal revolucionario. Sólo su actitud ante este último habría bastado para que se le amase y concediese una autoridad indiscutible. Recordemos también que Miranda solía publicar estudios políticos que alguna vez reprodujeron en Caracas, en donde gustaban sus ideas inspiradas en las doctrinas de Montesquieu que no desdeñaban los filósofos criollos. Era, en fin, el hombre a quien Venezuela había dirigido una súplica: Manuel Gual decíale el 12 de julio de 1799; «Miranda!, si por lo mal que le han pagado a usted los hombres, si por amor a la lectura y a una vida privada como anunciaba de usted un diario, no ha renunciado usted estos hermosos climas y la gloria pura de ser el salvador de su patria, el pueblo americano no desea más sino UNO : venga usted a serlo .... Miranda ! yo no tengo otra pasión que de ver realizada esta hermosa obra, ni tendré otro honor que de ser un subalterno de usted ... » Para esta época, Miranda debió salir de Francia, y en Inglaterra, en el condado de Yorksire enlaza su destino al de Sahara Andrews, en quien tuvo dos hijos : Leandro y Francisco. Luis Augusto Cuervo (1) advierte que según lo escribió Medardo Rivas, Francisco y Leandro eran hijos de lady Stanhope, la sobrina del ministro Pitt. Parece que esta inglesa histérica, cruel, excéntrica, romántica y triste, educó a Leandro y viajando con él por el Oriente prestóle cuidados maternales.... A la verdad, no sabemos cuáles hayan sido las relaciones de Miranda con lady Stanhope : ésta manifestó alguna vez el deseo de venir a la América cuando la emancipación tomaba fuerzas; mas, se dice que élla alejóse de Inglaterra despues de la muerte de Pitt, y para 1806 estaba en los desiertos de Siria, en el convento de Mar Elías. Allí «sus esclavos eran atados a la sombra de altos cipreses, y el eunuco favorito los azotaba largamente para que con sus gritos variaran la monotonía y el silencio del paisaje. ...» Cuanto a la creencia de que la señora A., a quien Miranda escribía desde la Carraca, fuera lady Stanhope, debemos desecharla, pues ésta parece que permaneció en su Castillo de Líbano cerca de Saida, hasta su muerte despues de 1838....

(1) Estudio cit.

Con el pseudónimo de *José Amindra*, el egregio prisionero recomienda a uno de sus amigos que le cuiden mucho a la señora A., y en un codicilo de mayo de 1816, aconseja a su esposa el rescate de su bíblioteca, archivo y equipaje valiéndose de su eficaz amigo Vanssittart y de su secretario Molini. (1)

Quién era la señora A...?.. — Sea quien fuere, no basta esto y lo otro para que se califique a Miranda entre los Donjuanes. No abunda en su psicología ese fuerte sedimento de sensualidad romántica que caracteriza a los seductores y libertinos de talento.

XIV.— Poco tiempo estuvo al lado de la señora Sahara. En 1810 se enrumba hacia Venezuela. Lo precedía Simón Bolívar para despistar las sospechas del Gobierno español... Llega en noviembre, y el libelista Díaz no puede sustraerse a la emociún del recibimiento cuando escribe: "Yo lo ví entrar como en triunfo; recibirlo como un dón del cielo, y fundarse en él la esperanza de los altamente demagogos. Tendría entonces como sesenta y cinco años, (2) de un aspecto grave, de una locuacidad incansable, siempre expresivo con la hez del pueblo, siempre dispuesto a sostener sus pretenciones..."

! Cómo inflamaría Miranda el corazón del joven Bolívar ! ¡ Cómo impregnaría de recuerdos afectuosos y nobles su alma, acostumbrado como estaba la suya a triunfar sobre las más adversas opiniones !...— No es aventurado admitir que desde el instante en que se vieron en Londres, el veterano se apropió aquella fuerza e infundióle muchas de sus tendencias militares, como ya lo había hecho con O'Higgins... El joven carqueño quedó sorprendido y de una vez encerrado en la simpatía y en la superioridad. A Bolívar acontecía lo que, en una escala inferior, sucedía a "los jóvenes más turbulentos: lo miraban como el hombre de la sabiduría, y el solo capaz de dirigir el Gobierno". (3)

La solemne recepción de Caracas, en donde se le proclama "salvador y redentor", según Yanes, pudo sí,

---

(1) Becerra, t. II, p. 446.

(2) Solo contaba cincuenta y cuatro años de edad.

(3) Becerra, t. II, p. 187.

avivar en el joven Bolívar, que aún no era el Libertador, un sentimiento adverso que luego confundióse en pasión. El egoísmo es propio de los hombres ambiciosos, y sobre todo de aquellos hombres en quienes la acción no admite posiciones dependentes... Aquella iufluencia o predominio, comienza a definirse en el fracaso de Puerto Cabello, por julio de 1812: la humildad de Bolívar corre pareja con su admiración y respeto hacia el Generalísimo.. Cuando la fatalidad llama a las puertas del Precursor y su patriotismo es sometido a la dura prueba de la sospecha, surgen las rebeliones, y los deprimidos lo acusan de capitulaciones indignas !...La Historia no ha dilucidado, sin embargo, este problema de la honradez, tal vez invulnerable, de Don Francisco de Miranda. Sólo se sabe que un edecán del Libertador, el coronel Wilson, escribió a O'Leary (1) y dícele: "Hasta la última hora de su vida, Bolívar se gloriaba de haber arrestado al general Miranda, y siempre aseguraba haber sido exclusivamente suyo aquel acto, para castigar la perfidia y traición de Miranda... Bien se pudo que quien estuvo "once noches sin dormir y en una especie de enajenamiento mortal" olvidara la gratitud hacia el jefe desgraciado, y en su ofuscación de insomne, creyera que Miranda había sido traidor y pérfido.. O'Leary juzga con criterio generoso, o con justicia, la conducta del "traidor", ejemplar de criollo que ya era un desarraigado sin dejar de ser un patriota. Mas, repitamos con Jiménez Arráiz: "Ya pasó la hora de las crueles recriminaciones, de los reproches iracundos, de los cargos impenitentes... y veamos cuáles fueron las bases primordiales de la influencia del Precursor sobre el Libertador.

XV.— Miranda fué un general de la Revolución francesa, comentada a menudo por Simón Rodríguez. Bolívar inicia su carrera a las órdenes del Generalísimo. Ahora bien, como éste fué militar y hombre de letras, que conocía a fondo las tendencias filosóficas y artísticas de su siglo, claro es que abundaron las razones para que la personalidad mirandina predominara en los primeros pasos del alma bolivariana. No sólo

(1) Ob. cit., t. I, c. III.

será a Juan Jacobo y Napoleón a quienes pedirá lecciones y ejemplos Bolívar; muchas ideas las tomará de sus libros y hazañas: mas la viva voz sobre el siglo XVIII, en lo que éste tuvo de bélico, la oirá de labios de Miranda, que fué el primero y único jefe, própiamente del Libertador.

Cuando comienza la campaña de Independencia, ya Miranda habla de Bonaparte con cierto desdén republicano, a pesar de que hubo en él ideas que no eran justamente las democráticas: en este sentido, el Libertador fué hijo de las tendencias mirandinas: el mismo nombre con que Bolívar designa a los pueblos que liberta, es de Miranda: fué éste, según el fecundo historiador Tulio Fébres Cordero, (1) quien "ideó el nombre de Colombia para llamar con él la vasta República que surgiera de la independencia absoluta del continente hispano-americano."

Cuanto a las ideas políticas, Gil Fortoul (2) coteja el pensamiento de ambos hombres, y recuerda que en 1790, Miranda habia sometido al Ministro Pitt un proyecto de Constitución, digamos de un imperio incásico. Naturalmente que el proyecto estaba inspirado en las formas británicas del Gobierno. Había un emperador hereditario, o Inca, y todo un establecimiento de empleados censores y senadores.

Del estudio que hace Gil Fortoul de aquella Constitución pseudo-monárquica y de la Constitución republicana de Bolívar, concluye "que los planes Constitucionales del último son una imitación en gran parte de las ideas de Miranda, pues si Bolívar rechazó la corona real o imperial aspiró a una cosa equivalente: el poder vitalicio.

De análogo parecer es el doctor Arcaya (3): « Proponía Miranda, escribe, que la América española formase una sola y vasta nacionalidad, incluyendo todas las posesiones españolas de la América del Sur, la Central y la del Norte hasta el grado 45 de latitud.... La constitución establecía dos censores, destinados a vigilar sobre la

---

(1) *Apoteosis de Colón*, Mérida, 1890. p. 16.

(2) *El primer fracaso de Miranda*, "El Cojo Ilustrado" núm. 346.

(3) *Influencia del elemento venezolano*, Caracas, 1916, p. 5.

moralidad de los Senadores, de la juventud y de los encargados de la educación....» Modificó esto especialmente en su parte monárquica; habló de una poderosa nación cuya capital fuese Panamá... De lo cual y de otras razones, deduce Arcaya que «la simple exposición de las ideas de Miranda basta para comprender cuán enorme influencia tuvieron sin duda en Bolívar, que después las desarrolló y amplificó con la Constitución que tomó su nombre, con su célebre Mensaje al Congreso de Angostura, donde indicaba la quimérica institución de los Censores, con su Congreso de Panamá y con su propaganda para la formación de una gran Confederación de las nuevas Repúblicas....»

Arcaya sorprende la influencia precisamente en aquellos documentos más trascendentales en la vida del Libertador: su Constitución, el Mensaje de Angostura y su proyecto sobre el Congreso de Panamá, los cuales constituyen el ideal de la empresa heroica, y cuya paternidad, indudablemente, se debe al Generalísimo, así como la filosofía fué sembrada por Simón Rodríguez.

El iniciado marchará a pasos de gigante, en tanto que Miranda, «el de la melancolía febril y de la alucinaciòn intensa», agonizaba en una mazmorra española.

XVI.—Así como Napoleón tuvo quien anunciara a los hombres sus dolores y su muerte, día por día, en los instantes de su gran desesperación de aburrido y en los momentos de incertidumbre optimista, gracias a la fidelidad de Las Casas y de los generales Montholon y Gourgaud: Bolívar también tuvo a su lado el lápiz indiscreto del médico Réverend, quien a la manera de Montholon o de Antomarchi, definió para siempre y con la firmeza de un buril sobre el mármol de la Historia, sus miserias y dolores, sus delirios y agonías sentimentales!... Miranda también tiene su Montholon en la humilde persona de su fidelísimo criado Pedro José Morán: él tomó por encargo de su propio corazón, la obligación de escribir a determinados amigos acerca del estado de «su amado amo el Excmo. Sr. D. Francisco de Miranda». Sólo esa piadosa documentación de un criado, es lo que la Historia conserva sobre la agonía y muerte del Generalísimo. Por Morán sabemos que «el día 25 (mes de marzo) en la noche, a las once de la misma, le acometió un ataque apo-

plético que pensamos se lo llevase; volvió en sí, quedándole de resultas de esto una calentura pútrida con demasiada malicia; a las cuarenta y ocho horas le acudió una inflamación a la cabeza y una fusión a la boca que le tienen en los últimos trances de la vida». Estas noticias de aquel que «hacía consistir su felicidad en la vida de su amo», fueron, ciertamente, la opinión de cuatro juntas médicas que su diligencia pudo reunir. Recordemos que antes de estos percances, Miranda sufría de «escorbuto, enfermedad endémica de las prisiones mal atendidas», según Becerra (1). Esta enfermedad pudo ser causa de la otra, la cual vendría a ser una complicación que no es rara en el escorbuto. sobre todo cuando se trata de ancianos.

Es muy científico suponer que el escorbuto fuera la dolencia que mató al General Miranda. Este es el mal propio de las personas que se han fatigado en exceso, que están dominadas por pasiones tristes y sometidas a la influencia pesimista de causas morales nostálgicas y melancólicas, como los desastres profesionales de todo género. Richardiére (2) observa que el escorbuto es propio de las aglomeraciones mal higienizadas, como sucede en los navíos y prisiones, como aconteció en las muchedumbres mal nutridas de las Cruzadas de Luis IX, en los expedicionarios de Carlos Quinto y en los sitiados de París.

Naturalmente que Miranda se encontraba en las mejores condiciones para contraer el mal, sobre todo si él fué como es muy probable, un impaludado, pues la malaria como lo advierte Richardiére, predispone al escorbuto. Esta misma afección, exagerada en el prisionero que ya debía ser un arterioescleroso, provocóle, si no la hemorragia cerebral que no es rara como complicación, al menos produjo la congestión encefálica.

Lo de la fusión bucal pudiera explicarse por la gingivitis incurable que inicia la enfermedad. La fiebre pútrida es la pirexia de 39 a 40 grados que algún tiempo después de establecerse el mal, complementa los síntomas generales que lo caracterizan. El vocablo pútrida pudo

(1) Ob. cit, t. II, p. 450.
(2) *Traité de Médecine et de Thérapeutique*, por Brouardel y Gilbert, t. VI, Paris, 1906, p. 387.

ser tomado, en este caso, en el sentido de la fetidez bucal a causa de las ulceraciones gingivales.

Es así como podríamos explicarnos el aparente retroceso de la «apoplegía» que le permitió «durante el mes de mayo escribir algunas cartas ..» En el tercer período, dice Richardiére, puede haber una mejoría aparente que luego interrumpe la recaída. Esta circunstancia explica, a nuestro juicio, aquella potestad para escribir las cartas de mayo, aunque a la verdad, en el Generalísimo había causas morales que añadidas a su edad de sexagenario, pudieron preparar la ruptura de una arteria del cerebro .... No hay datos que lo confirmen.

Para estos días de acedumbre, el Precursor, aquel General que en la galería de los Generales de la Revolución, en Versalles, emerge de la tela con la firmeza impetuosa con que lo dibuja Serviez, «tenía hondas arrugas que surcaban su frente en todas direcciones; la barba y los cabellos completamente canos, las sienes deprimidas, los pómulos salientes, la mirada indecisa y sin brillo, los labios apretados como los de una herida cuyo daño es todo interior, el paso difícil y tardío, y su cuerpo mismo, antes tan erecto y arrogante, principiaba a inclinarse hacia la tierra ....» (1) En estas condiciones, aún supo exclamar en lengua romana cuando se le habló de la pacificación de América: *¡Solitudinem facient et pacem apelant!* ... (2) Y cuando el domínico Albarsánchez quiso auxiliarlo en la última de sus famosas aventuras, contestó como lo hubieran hecho los más ilustres pensadores de su tiempo, del tiempo de Holbach, de Voltaire y de Diderot: «Déjeme usted morir en paz! ...»

Según el libro de defunciones del Arsenal de la Carraca, el hijo de Sebastián Miranda murió el 14 de julio de 1816, el mismo día en que el brigadier Francisco Tomás Morales era derrotado en la hazaña de los Aguacates ...

La obra del Precursor ya tenía la consistencia que él no supo reconocerle jamás.....

DIEGO CARBONELL.

Mérida, por mayo de 1920.

---

(1) Becerra, t. II, p. 449.
(2) El que busca la soledad encontrará la paz.